

LOS GRILLETES DEL CAMINO

Eran casi las siete de la mañana. El sol empezaba a adentrarse por mi ventana, lo cual me indicaba que era el momento de iniciar mi nueva andadura. Antes de ponerme en pie observé mi casa, y me despedí de ella siendo consciente de que hasta dentro de muchos días no volvería a la misma. Comprobé que llevaba los elementos imprescindibles para el viaje, velando especialmente por tener mi pequeña agenda, en la que iría anotando las distintas experiencias que me iba a ir encontrando a lo largo de esta aventura.

Ya vestido, aseado, y con la mochila preparada, me dispuse a empezar el camino de Santiago desde mi ciudad natal, Burgos.

Siempre había deseado realizar el camino de Santiago, aunque siempre había algún motivo para que no lo realizara. Muchas veces era por cuestiones laborales, otras por asuntos familiares y en innumerables momentos por miedo a que me fallaran las fuerzas en esta aventura. No obstante, sabía que había llegado el momento en el que lo tenía que llevar a cabo, especialmente por mi querida madre.

Desde hacía tiempo mi amada madre se encontraba en una situación muy delicada. Al principio se empezó a encontrar muy fatigada, como si cualquier rutina de la vida diaria le fuera un esfuerzo inhumano. Hasta que un día, observándose el pecho, notó como un bulto de gran consideración se hacía patente al tacto. Asustada, decidió acercarse a la consulta del doctor, quien le comunicó que se trataba efectivamente de esa enfermedad que todos conocemos, pero que muchas veces no nos atrevemos a pronunciar: el maldito cáncer.

Mi madre era una persona muy fuerte y valiente, y desde el minuto uno supo que lucharía todo lo necesario para vencer a esta terrible enfermedad. Sin embargo, los resultados médicos fueron presagiando un triste final, ya

que el cáncer se había extendido a más de un órgano, lo que hacía presagiar un triste sino.

Finalmente, y nueve meses después mi madre dejó este mundo. Todavía recuerdo, y creo que nunca podré olvidar, sus últimos momentos a mi lado. Ante la imposibilidad de curación mi madre se acercó y me ofreció su último aliento, mientras me susurraba al oído que persiguiera mis sueños y que luchara por ellos hasta el final. Esas fueron sus últimas palabras, las de una gran persona, pero sobre todo las de una gran madre.

Estando ya a las afueras de la ciudad del Cid, alcé la mirada y ante una mañana fría y luminosa, pensé en mi madre, y en las ganas que siempre había tenido por hacer el camino de Santiago. A pesar de las dudas, de los temores, de los infortunios que me podría encontrar, sabía perfectamente que era el momento de no echarme atrás y de cumplir una ilusión con la que mi madre siempre había soñado que hiciera, ya que ella vivió la experiencia del camino cuando apenas había cumplido la mayoría de edad.

Mientras realizaba los primeros pasos se me venían a la cabeza esas conversaciones que había tenido con ella en el pasado. En una de ellas, recuerdo que me contaba cómo había conocido a mi padre, mientras realizaba una parada del camino ya en tierras leonesas. Pero uno de los pensamientos más especiales que albergaba en mi corazón era el día en el que mi madre me dijo el motivo por el que ella se había embarcado en esta aventura del camino de Santiago. No era sólo una cuestión de Fe, aunque también era un elemento importante en su vida, sino una forma de crecimiento personal, de conocerse a uno mismo ante el gozo de la vida.

Tengo que reconocer que en las distintas ocasiones en las que mi madre realizaba esta reflexión yo no era muy consciente de sus palabras. Pero tenía toda la razón. Durante mis primeras zancadas, sentía como el aire de la tierra castellana me empujaba a seguir adelante, y cómo disfrutaba del

encuentro con peregrinos y aldeanos que me animaban a seguir mi camino, y más cuando eran conocedores de mi historia personal.

Con el paso de los días, crucé el puente de Puentefitero, para adentrarme por fin en la provincia palentina.

A pesar de la proximidad entre ambas provincias, lo cierto es que era un total desconocedor de esta tierra que ahora me acogía y en la que me adentraba a través de un puente majestuoso, coronado por el río Pisuerga y construido por once ojos que me introducían en la tierra de Pedro Berruguete, de Jorge Manrique y de Victorio Macho, entre otros ilustres personajes. Por ello, para mí era un honor poder descubrir un lugar que tanto admiraba y que desde pequeño siempre había querido conocer, aunque las circunstancias de la vida no me lo habían permitido hasta ahora. Poco a poco fui disfrutando y conociendo hermosas localidades, sobre las cuales podía encontrar hermosos templos románicos, góticos o renacentistas, grandes obras de ingeniería como el Canal de Castilla a su paso por la localidad de Frómista, mientras se entrelazaban las verdes praderas de los ríos Carrión y Pisuerga, junto a los paisajes cerealísticos de la comarca de tierra de campos.

Avanzando por el camino, y sin que apenas me hubiera dado cuenta, me encontraba ya en los llamados días de Pasión, en una pequeña localidad, donde la Semana Santa adquiría una singularidad muy especial. La localidad recibía el nombre de Carrión de los Condes, en honor a los infantes de Carrión, aquellos que la leyenda casó con las hijas del Cid.

Se trataba pues de una tierra muy especial. Al tratarse de Jueves Santo, la localidad se encontraba con los preparativos previos a los grandes días de pasión. Imágenes como la Oración del Huerto o Jesús atado a la columna (aunque aquí recibía el nombre de “los azotes”) se engalanaban para la procesión que iba a tener lugar al caer la tarde. Tengo que admitir que me quedé prendado por estas gentes que cuidaban con tanto mimo estas

celebraciones. Los hermanos cofrades se preparaban en el interior de la iglesia y se vestían portando una capa castellana de color oscuro para llevar sobre sus hombros los distintos momentos de la pasión de Jesús.

Desde que había sucedido lo de mi madre, mi cabeza meditaba sobre si era necesaria para mí la Fe en un Dios que me había arrebatado demasiado pronto aquella persona a la que yo más quería. Mis padres me educaron en la Fe católica, cumpliendo con los llamados ritos iniciales como son el bautismo y la primera comunión. Aún así, desde hacía unas semanas había dejado de acudir a la iglesia, ya que mi mente intentaba hallar unas respuestas que no encontraba bajo las paredes de ningún templo.

A la mañana siguiente, y aprovechando el frío y la tranquilidad del camino en aquellos días, me dispuse a emprender nuevamente mi ruta. En la localidad infantina el camino se bifurcaba en dos ramales, así que opté por el camino conocido como el de la Cueva.

Pasé por Calzada de los Molinos, donde pude observar maravillado la Iglesia de Santiago, en la que se custodiaban varios pasos de Semana Santa que saldrían en la procesión del santo entierro de Jesús esa misma noche. El cielo estaba descubierta, así que nada hacía presagiar el que no se pudiera llevar a cabo.

El siguiente pueblo que observé en la lejanía recibía el nombre de Cervatos de la Cueva. Reconozco que esta pequeña localidad no la había oído nunca, pero fue en ella donde mi vida dio un giro inesperado.

Se acercaba la hora de comer, y busqué algún pequeño comercio donde poder comprar un poco de pan, sin haberme percatado de que se trataba ya de Viernes Santo, y de que los pocos establecimientos de la localidad habían cerrado sus puertas para organizar los preparativos de ese día tan señalado en el calendario religioso.

Sin saber qué hacer, y barajando todas las posibilidades, me dispuse a llamar a alguna casa particular, para solicitarles algo de comida. Cerca de

la plaza del ayuntamiento en una humilde y sencilla casa de piedra observé a una señora ataviada con una bata gris que se encargaba de realizar las tareas domésticas propias de cualquier hogar. Con un cierto temor me acerqué a ella para explicarle mi situación solicitándola con toda la amabilidad del mundo el que me pudiera dar algo para poder comer.

La mujer me miró atónita en un primer momento, pero rápidamente me invitó a entrar en su casa y me trató como si fuera un familiar suyo: en primer lugar me dejó su baño para tomar una ducha caliente, lavó mi ropa y preparó una mesa con los mejores alimentos de los que ella disponía.

Tras los preparativos nos sentamos en el comedor e iniciamos una interesante conversación, en la que ella se abrió a mí comentándome la dura vida por la que había pasado. La señora había dado luz a tres hijos, aunque uno de ellos falleció a los pocos años víctima de una leucemia, y su marido la abandonó al comienzo de su matrimonio. Tras presentarme su dura situación me preguntó que por qué estaba realizando el camino de Santiago en esas fechas y le expuse mis motivos, que no eran otros que rendir un pequeño homenaje a mi difunta madre. En ese instante a la señora de la morada le vino un momento de inspiración y me propuso participar en una actividad que tendría lugar en el pueblo horas más tarde.

La humilde señora me comentó que en la tarde del Viernes Santo en la localidad tenía lugar la procesión del Santo Entierro, tan común en muchas localidades castellanas, pero que aquí tenía un carácter especial, ya que los cofrades que participaban en el recorrido procesional lo hacían de un modo muy especial, portando entre sus pies unos grilletes de hierro con los que recordar la pasión de Jesús. Lógicamente, mi primera respuesta fue de total rechazo ante una celebración que yo no terminaba de entender, pero fui convencido rápidamente. Me explicó que años atrás, cuando su hijo falleció, ella se animó a portar esos grilletes para pedirle al Señor Jesús que la liberara del sufrimiento que vivía cada día ante la pérdida de su hijo. Lo

más sorprendente para mí, fue que ella afirmó que aunque su hijo no iba a volver nunca más a este mundo, este gesto de pasión y piedad le sirvió para ser consciente de que la vida seguía, de que la tierra seguía girando y de que por lo tanto, su hijo estaría viéndola con mucho orgullo allá en el cielo. Yo no supe qué responder. Por un lado me sentía sumamente agradecido ante una señora que me había abierto las puertas de su casa y me había agasajado tanto. Pero por otro lado yo no entendía muy bien esos actos de piedad en los que yo veía más sufrimiento que alivio. No obstante, y ante la insistencia de mi hospitalaria, acepté su deseo, ya que por motivos de salud ella no podía participar en el desfile procesional de ese año.

Al atardecer de aquel día tuvo lugar en la Iglesia Parroquial del pueblo la celebración de los oficios del Señor, en los que se rememoraba la muerte de Jesús a través de las lecturas evangélicas. Tras ellas, una cruz de madera desnuda era dispuesta en el altar y todo el mundo se acercaba hacia la misma para hacer un gesto de adoración. Como ya he mencionado anteriormente no soy muy dado a participar en estas celebraciones, pero algo en mi interior me animó a compartir yo también ese bonito gesto que estaban realizando en aquel momento los cervateños.

Finalizado el oficio religioso tenía lugar la procesión. Me sorprendió y me maravilló ver cómo todo el pueblo de Cervatos de la Cueva se unía en el interior de la iglesia y todo el mundo participaba de alguna manera en lo que para ellos era uno de los acontecimientos más importantes del año.

El desfile partía desde la iglesia parroquial, saliendo en primeramente un lugareño portando entre sus manos una pesada cruz de plata. Tras él, dos penitentes, interpretando los papeles de Jesucristo y del Cirineo vestidos con túnicas oscuras, largas pelucas y pies descalzos, mientras otras dos personas los acompañaban y los cubrían con unas mantas cada vez que había una pequeña parada.

A continuación, procesionaban por las calles dos hermosas esculturas, una imagen de Cristo yacente, de gran impacto visual, y una Virgen Dolorosa, llevada a hombros por los últimos casados del pueblo. La imagen de Jesús por el contrario, era conducida por los más jóvenes de la localidad, mientras algunas mujeres los acompañaban con unas horquetas para que la imagen reposara durante unos minutos y los portadores pudieran descansar un poco del peso.

Finalmente salíamos los conocidos como los Grillos. Mi nueva amiga me ayudó minutos antes colocándome en los tobillos estos grilletes de gran tamaño y de gran peso, que resultaban difíciles de manejar. Al no haber ningún acompañamiento musical, me impresionó en el silencio de la noche el ruido que provocaban nuestros grilletes, al igual que descubrir los distintos motivos por los que mis otros dos compañeros los portaban. Uno de los dos era para agradecer a Dios la pronta recuperación de su madre en una difícil operación quirúrgica, mientras que el otro compañero procesionaba para agradecer el nacimiento de su primer hijo, ya que, según me transmitió, había resultado un parto complejo, aunque yo no me atreví a indagar más.

Durante la noche mi cabeza se encontraba como en una encrucijada de caminos difícilmente explicable en estas escasas líneas. Por un lado estaba maravillado de ver la implicación del pueblo, la manera en la que los cervateños vivían ese momento tan especial para ellos, mientras las mujeres como la que me acogió en aquel día se emocionaban al paso del cortejo procesional. Otros en cambio, lloraban al recordar a sus seres queridos, al rememorar también los momentos de dolor por los que muchos de ellos habían pasado a lo largo de sus increíbles vidas. Y yo, ante esa situación que vivía alrededor de mí, unas pequeñas lágrimas cayeron de mis ojos. No podía dejar de pensar en mi madre, y de lo orgullosa que se sentiría al verme participando en aquel acto. Sentía en ese momento la necesidad de

hablar con ella, de pedirle perdón por todas las situaciones tan duras por las que la había hecho pasar, y a la vez, agradecerla por todo lo que me había dado a lo largo de treinta años: un profundo amor, imposible de explicar con palabras.

Terminado el desfile procesional, me quité el hábito morado nazareno con el que había participado en el acto religioso y mi nueva amiga, la señora que me había acogido en la mañana de aquel día se acercó hasta mí para preguntarme sobre la experiencia, tal vez con cierto miedo de que no hubiera sido algo positivo. Sin embargo, no pude mediar palabra, sólo me acerqué hacia ella y susurré un humilde y sencillo: “Gracias”, mientras ella también se emocionaba añadiéndome estas palabras: “El dolor que sientes nada ni nadie te lo va a poder quitar, porque se trata de una profunda tristeza, pero al menos sabemos que nuestro amigo Dios, el que nunca falla, oye nuestras súplicas, porque conoce mejor que nadie nuestros dolores. Ahora toca ser fuertes y seguir con nuestros caminos”. Y creo que esas palabras fueron las que mejor explicaron los sentimientos que rondaban todo mi ser.

Una vez que se recogieron las imágenes y todos los elementos que habían participado en la procesión algunas mujeres nos ofrecieron unas viandas para reponer fuerzas y rematar aquel largo e intenso día. Fue entonces cuando le pedí a la señora que si me podía alojar en su casa hasta el Domingo de Resurrección para poder celebrar con ellos la alegría de la pascua.

Tras un sábado de descanso y de charlas con los cervateños, el domingo amaneció con un espléndido sol, y los lugareños se dispusieron para celebrar como se merecía aquel hermoso día de júbilo. Tras la eucaristía, tuvo lugar la procesión en la que se escenificaba el encuentro entre la Santísima Virgen y su hijo ya vivo de entre los muertos. Se trataba de un día de fiesta, en el que la sonrisa era el elemento predominante en la

celebración. Sin embargo, había llegado el momento de marchar, y de proseguir mi camino hasta Santiago de Compostela.

Un largo y profundo abrazo me despidió de mi nueva amiga, a la que siempre agradeceré que me ayudara a sobrellevar mi dolor. Y es que todos tenemos cargas en la vida, unas son más pesadas que otras, pero lo cierto es que si nos ayudamos entre todos, esas taras siempre serán mucho más fáciles de llevar en este mundo que nos ha tocado vivir.

En mi cabeza siempre quedará el recuerdo de estas humildes personas que me enseñaron la alegría de la vida, y la necesidad de continuar caminando, a pesar de las adversidades que aparezcan en nuestro recorrido.

Y así, en un domingo de resurrección, continué mi camino por tierras palentinas, rumbo a la tumba del apóstol Santiago. Pero eso ya es otra historia.

PSEUDÓNIMO: JORGE MANRIQUE